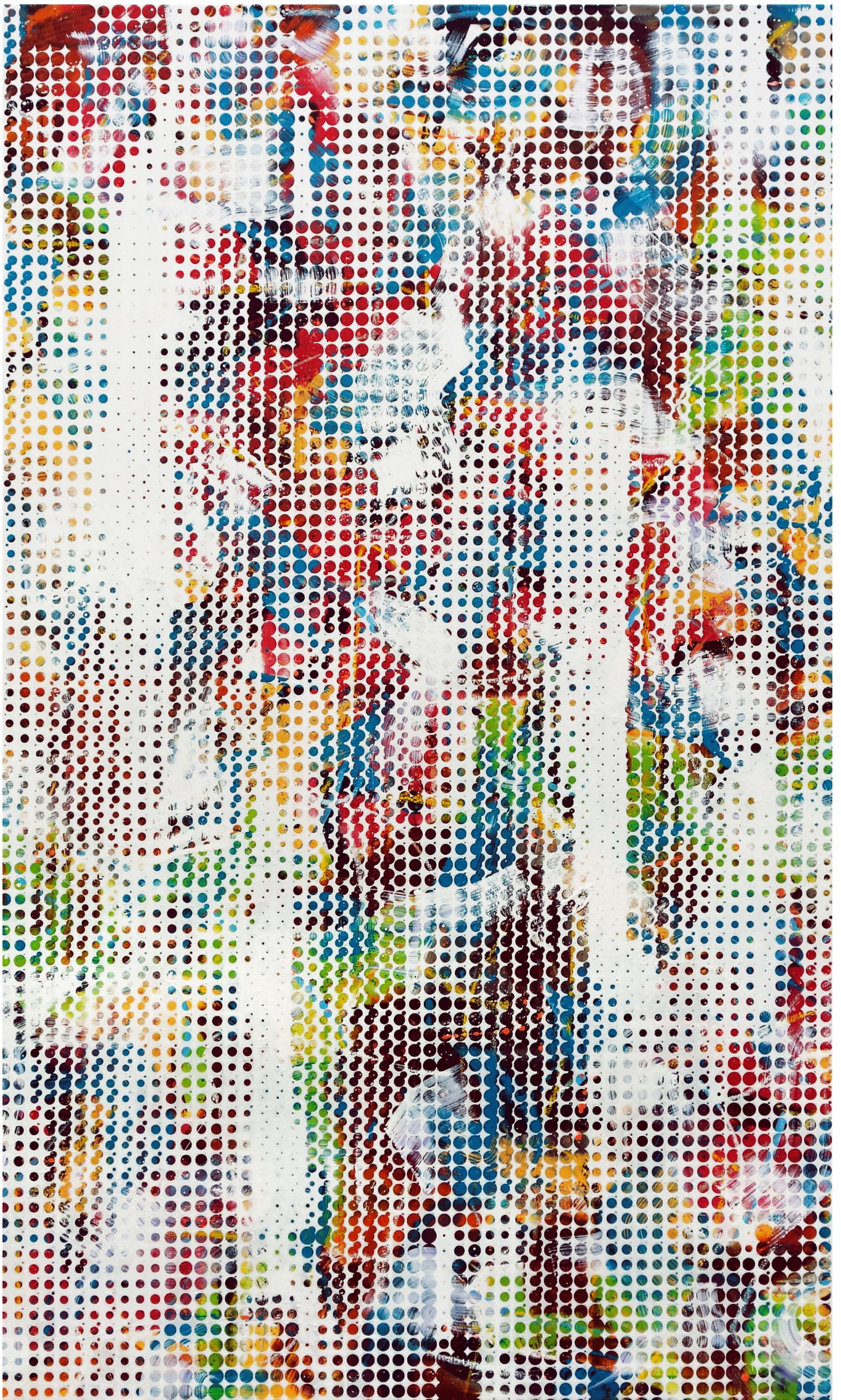




Adrián Navarro (Boston, 1973) suele decir que la pintura está para resolver problemas. Problemas de composición, color y procedimiento, por una parte, pero también aquellas que se refieren a qué lugar debe tener el ser humano en el mundo actual.

Adrián trata, por tanto, de construir su pintura preguntándose qué espacio nos corresponde en un mundo que nos atosiga en todo momento con un torrente de imágenes fragmentarias, vacías de significado y cada vez más agresivas y lesivas para con una humanidad activa y emancipada.

Para responder a esta cuestión, Adrián utiliza su formación como arquitecto e incorpora en sus cuadros el estudio de las estructuras, sin principio ni final, en las que nos hemos encerrado: redes, pantallas, muros de mensajes, cadenas sucesivas de significantes, todas ellas más y más sofisticadas y, al mismo tiempo, más y más opacas.

Junto a esto, recurre al oficio de pintor para captar la pulsación oscura de la criatura que se revuelve por debajo de dichos límites y que la pantalla total apenas puede contener. A la pintura corresponde el tratar de explicar la forma abstracta de esa sombra que amenaza con su erotismo corrosivo los sofisticados castillos levantados a nuestro alrededor con filamentos y fibra de vidrio.⁰⁵

Hombre y mapa en conflicto, por tanto, en una dialéctica que la máquina jamás acertará a reflejar con la precisión con que lo hace un pincel sobre el lienzo. No en vano este es el sismógrafo que se dio el hombre en los albores de su tiempo para detectar el alcance y profundidad de su angustia.

Precisamente por ser fiel de una manera tan fehaciente a su vocación de resolver problemas, la pintura de Navarro exhibe la paleta lúcida, serena, equilibrada del que ha pasado la vida viendo pintura; pero también la coloración ácida, horrenda y salvaje, de quien vive peleando con la pintura para ganarse el título de pintor cada día que entra en el estudio.

**Texto por: David Morán
Paraísos Artificiales - Exposición en Galería Pilar Sierra
Fotografías: sus autores**

Adrián Navarro (Boston, 1973) usually says that painting is here to solve problems. Composition, colour and procedure problems, on the one hand, but also the ones about the place humans should have in the world today. Therefore, Adrián tries to build his paintings wondering what part belongs to us in a world that is constantly harassing us with incomplete images, emptied of all meaning and more and more aggressive and harmful towards an active and emancipated humanity.

To answer this question, Adrián uses his training as an architect and incorporates to his paintings the study of the structures, without a beginning or end, in which we are enclosed: networks, screens, message walls, successive chains of signifiers, all of them more and more sophisticated and, at the same time, more and more opaque.

Besides, he resorts to the painting in order to capture the dark pulse of the creature squirming below those limits and which the screen can hardly repress. The painting's duty is trying to explain the abstract form of the shadow that threatens, with its corrosive eroticism, the sophisticated castles raised around us with filaments and fiberglass.⁰⁵

Man and map in conflict, thus, in a dialectic that a machine will never be able to reflect with the precision of a paintbrush on a canvas. With good reason, that's the seismograph chosen by mankind at the dawn of time to figure out the extent and depth of its anxieties.

And just wanting to be faithful, in an irrefutable way, to his vocation for solving problems, Navarro's paintings display the lucid, serene and balanced palette of someone who has spent a life surrounded by paintings, but also the bitter, dreadful